

LA POESÍA DE LA FOTOGRAFÍA

POR: GRACIELA ITURBIDE

Inicié mi formación artística siendo alumna, tardía y casi azarosa, de Manuel Álvarez Bravo. En realidad, mi ambición era estudiar cine y me matriculé en la materia de foto fija, que él impartía en la Universidad Nacional Autónoma de México. Casi enseguida don Manuel me propuso ser su ayudante. Ahora se me antoja que yo también lo elegí para ser mi maestro, porque estas “afinidades electivas” suelen ser recíprocas y no unilaterales como podría pensarse. Así, con el tiempo, de simple *alumna* pasé a ser su *discípula*. Me interesa subrayar la diferencia entre los dos términos. Mientras fui su *alumna*, él me nutrió con sus conocimientos y su cultura que, por lo demás, nunca se limitaban a la fotografía. Me permitía acompañarlo a ver exposiciones y a escuchar música, principalmente la de Juan Sebastián Bach; íbamos a comprar libros o simplemente salíamos de paseo por la ciudad y el campo; o bien me dejaba estar cerca de él cuando trabajaba en el laboratorio. Me hablaba escasamente de técnica y más bien me mandaba investigar mis dudas por mi propia cuenta. En pocas palabras, don Manuel era un maestro *sui generis*, que contagiaba en lugar de imponer y preconizaba la libertad como el mejor método de educación. Este periodo de aprendizaje duró poco: aproximadamente un año y medio, al cabo del cual sentí que podría cortar el cordón umbilical y volar con mis propias alas. Desde entonces y hasta la fecha, me convertí en su *discípula*, una condición que entiendo como la fidelidad a un maestro y a una concepción de la fotografía, incluso ahora que él ya no está para dispensar sus enseñanzas. Es curioso que la palabra “discípulo” provenga, etimológicamente, de griego “*mathetes*” que significa aprender, comprender, y que pertenezca a la misma familia que “matemática”, “música” y “memoria”. Corresponde a una concepción griega del aprendizaje, según la cual el discípulo, además de recibir las enseñanzas de su maestro, participa activamente –desde su propio pensamiento y actitud reflexiva– en la construcción del aprendizaje. Así fue el mío con mi maestro.

Manuel Álvarez Bravo me decía que no había que rechazar las influencias, ni temer la famosa “angustia de las influencias” de la que habla Harold Bloom, pero había que sedarlas y, evidentemente, adquirir un lenguaje propio. Así, su misma personalidad me ayudó a no imitarlo porque también profesaba el desprendimiento y la independencia. Tuve y tengo muchas influencias de él, pero me he ido por otros caminos por los que él recorrió con su cámara. Lo que verdaderamente descubrí es que la fotografía podía ser –y debía ser– poética, al igual que todas las artes, pese a la mala reputación que le vale su condición tecnológica. “Se establecen las relaciones íntimas de las diferentes artes –aseguraba Manuel Álvarez Bravo– y su existencia separada por la capacidad de definición inherente a la técnica usada y por

las sugerencias o anhelos que intentan llenar los vacíos abiertos, cuando, arrastrados por el conocimiento frío, restando nuestras propias pulsaciones, logramos solamente sombras sin rumor o murmullos sin forma. La poesía, máximo común denominador de las artes, realización del ímpetu escondido en la sensación, fluido de lo imposible, es, en la actuación del oficio, la expresión del fenómeno complejo lograda por el medio simple, fiel a sí mismo, a sus limitaciones, elocuentes cuando, animadas por la pasión, hablan en silencio.”

Si bien en sus primeros años de existencia, la fotografía se llamaba “el arte negro” como si se tratara de un maleficio, en cambio sus resultados, pese a las apariencias y a los prejuicios, poco tienen que ver con la magia. Las buenas imágenes son las que logran interpretar la realidad gracias a la conjunción entre la sensibilidad y el oficio. Por esta razón, me fastidia cuando los críticos califican mis imágenes de “mágicas”. Prefiero el término de “poéticas”, más difícil de merecer, pero más genuino.

Henri Cartier-Bresson, otro fotógrafo a quien admiro, también intentó definir en qué consiste la poesía que se percibe en una fotografía. “A menudo, veo a fotógrafos que cultivan la extrañeza o la torpeza de una escena creyendo que se trata de poesía. No es eso. La poesía contiene dos elementos que de pronto entran en conflicto, es una chispa entre dos elementos. Pero se da muy rara vez y no se puede buscarla. Sólo sucede si uno sigue enriqueciéndose y viviendo cabalmente, inmerso en la realidad.” En otra ocasión, calificó el momento en que surge la posibilidad de la poesía como “instante decisivo” y yo considero que éste es el fruto de una síntesis entre el mundo y lo que uno es, entre el exterior y el interior de uno mismo. Por supuesto, la fotografía no es la verdad. El fotógrafo interpreta la realidad y, sobre todo, construye una realidad propia, de acuerdo a sus conocimientos y sus emociones. A veces es complicado porque es un fenómeno algo esquizofrénico. Con la cámara, el fotógrafo ve el mundo de una manera y, sin la cámara de otra; por esa ventana compone, e incluso sueña. El oficio y la intuición trabajan de un modo inconsciente, y la sorpresa siempre es instantánea. Puedo estar en un lugar, un jardín, una plaza pública o una fiesta, como a menudo me ha sucedido durante mis estancias en Juchitán, y ¿por qué me voy a punto, hacia una imagen, cuando hay cien puntos posibles? Porque allí está actuando el asombro, porque yo no puedo fotografiar si no hay sorpresa, si no se produce la chispa de la maravilla.

Brassaï es otro de los fotógrafos decisivos en mi vida; su trabajo me deslumbra, en particular sus series sobre las noches de París, su manera tan fuerte, tan ruda y tan poética a la vez, de interpretar la vida de los prostíbulos, las atmósferas de las calles nocturnas. Y no solamente me fascinan sus imágenes, sino también lo que describe en sus conversaciones con otros artistas. Una frase suya ha inspirado mi trabajo: “La vida no puede ser captada ni por el realismo ni por el naturalismo, sino solamente por el sueño, el símbolo o la imaginación.”

El sueño ha sido un factor crucial en mi experiencia: sueño en la noche con lo que hice en el día; sueño con las cosas que voy a hacer y hasta tengo sueños premonitorios acerca de las imágenes que voy a encontrar en el futuro. Una vez, soñé con una frase que se repetía como un salmo o un

verso: “en mi tierra sembraré pájaros”, y veía a un hombre con muchos pájaros revoloteando a su alrededor. En mi sueño aparecían la frase y las imágenes juntas. Hasta la fecha no entiendo bien el significado de la frase, pero lo cierto es que me topé con la imagen en una isla de Nayarit, donde sólo viven pájaros y el hombre que los cuida. Es una fotografía mía muy conocida, en la que el señor mira los pájaros. Sólo cuando quise imprimir la foto, me acordé del sueño. Ignoro si forcé el reconocimiento o si fue el sueño que me influyó a ver cierta realidad.

En otra ocasión, a raíz de una crisis emocional, soñé con mi casa ardiendo y veía con gran angustia mis negativos consumidos por el fuego. Me sentía desesperada porque pensaba: “Se va a perder mi trabajo”. Pero lo fantástico era que, poco a poco, los personajes iban saliendo de los negativos: la mujer que camina con la grabadora en mano por el desierto de Sonora, la señora de las iguanas y todas mis otras amigas juchitecas; al final, mis retratados escapaban del fuego y se salvaban. Los milagros suceden tanto en el sueño como en la vigilia.

Quiero que las fotos que hago sean una experiencia inmediata y no una masticación. Sin embargo, sé que a la fotografía, como a todo arte hay que buscarla dentro de sí. La fotografía perfecta es como un milagro, sucede en un instante de luz, formas, temas y estado de ánimo perfecto: uno aprieta un botón casi sin saberlo y el milagro ocurre”, aseguraba el chileno Sergio Larraín, uno de mis más preclaros predecesores. Pero, para que suceda el milagro, hay que saber *sacrificar*. Uno piensa que un fotógrafo nunca debe perder el instante y la ocasión de una buena imagen: “ojo de lince y guante de seda”, es la expresión que acuñó Henri Cartier-Bresson. Nada más equivocado: hay que aprender la necesidad del sacrificio como en cualquier arte. El sacrificio es indispensable para volverse invisible en una comunidad y no transformar la cámara en un instrumento de agresión. El sacrificio sirve para no conformarse con un resultado mediano o mediocre, para aprender a apostar a lo mejor y a lo más bello. Es verdad que se pierden momentos únicos, visiones tan apabullantes que uno se queda paralizado. Un día en Tlaxcala, estaba haciendo una foto casi abstracta: una bicicleta con pollos atados con las patas hacia arriba, recostada contra una pared, cuando pasó una pareja de recién casados, ya mayores, con todo el polvo de Tlaxcala encima, y solamente la madre del novio o de la novia caminando tras ellos. Se me antojaba una visión de Pasolini: el polvo, la novia anémica con su velo tamizando su melancolía, la pareja rebasando sigilosamente la bicicleta con pollos. Me quedé tan pasmada que no los fotografié y me arrepentiré toda mi vida de no haberlo retratado. Estos instantes y estas vislumbres son regalos de la realidad perdidos para el arte, pero ya es fantástico haberlos vivido. Aunque perdidos, son un alimento que llega al alma del artista y volverá a aparecer en otra fotografía.

En cuanto a la imaginación que menciona Brassai como otra cualidad imprescindible del fotógrafo, creo que existe un falso dilema entre imagen e imaginación, vale decir: un *cliché*. Un fotógrafo que no tiene imaginación carece de talento. Tampoco hay que caer en el otro extremo, en el barroquismo fatal. Si la imaginación significa ponerle cangrejos o cualquier extravagancia a una persona, esto equivale a adornar la realidad, pero no es imaginación. Lo importante es el cruce entre la intuición y la disciplina: el ojo debe permanecer atento y captar muy velozmente lo que uno trae adentro.

La imaginación es la facultad que permite narrar la realidad a través de un símbolo, descifrarla y compartirla sugerentemente.

La fotografía ha sido un pretexto para conocer mi país en el mundo. Viajé sola hasta los rincones más apartados de México para retratar sus tradiciones, sus ceremonias y sus ritos ancestrales. En esta soledad aprendí a conocerme a mí misma, a sumergirme en mis propias tinieblas y también a encontrar la luz con la que intenté iluminar mis imágenes. Al cabo de esos años de soledad padecida y gozada, me han elegido para formar parte de esta comunidad de artistas que es la Academia de las Artes y les agradezco la bienvenida que hoy me dispensan como si, por fin, llegase a una casa hospitalaria custodiada por Louise Noëlle, donde se reúnen los sueños de tantas vidas. En lo particular, quisiera dar las gracias a Arnaldo Coen por ser hoy mi anfitrión y, siempre, mi amigo. Y no quiero concluir sin subrayar que me honra ocupar el lugar que mi entrañable colega Héctor García dejó vacío hace poco tiempo.

GRACIELA ITURBIDE

10 de Agosto de 2014